

Cosquillas



30
céntimos.

**UNA OPINIÓN
Y UNA PARADOJA**

Por Demetrio.

—¡Anda, ámate y ven conmigo al baile!

—¡Ni tú ni yo somos dos niñas para esos regocijos!...

—¡Pues precisamente porque se nota que no somos de pecho!



Laura La Plante y Reginal Denny, en una escena que se puede titular "Después del baile."

(Foto Universal).

P.498

COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

CENTRAL DE PUBLICACIONES
Y EDICIONES, S. A.

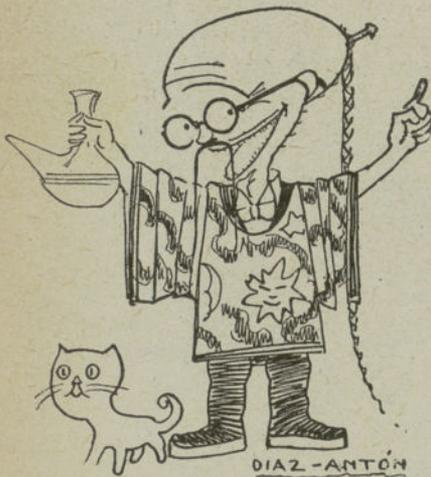
Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 53.355

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II Madrid, 26 de Febrero de 1927 Núm. 22



DIAZ-ANTÓN

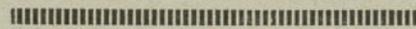
Incoherencias

por el

“Chino desconocido,”



¡Pero yo, cuando menos, sé cuáles son los padres de mis hijos!



Este número ha sido revisado por la censura.



—Pepito casi no puede andar
—Será del resultado de un charlestón.
—No. De una *charlestona*.

¿Ha visto cómo le pega a su mujer? ¡Y luego presume de ser socio de la Protectora de animales!

—¡Es usted un avestruz!
—Es posible; pero fijese en un nido de avestruces.



No desmayes nunca ante la negativa de las mujeres que se niegan a hacerte feliz. Insiste obstinadamente. Un día llegará en que en vez del guantazo, que ya te habrás acostumbrado a recibir, sentirás la suave caricia de la mano femenina, y que una voz dulcísima y velada por el



Soler 27

El.—Señora: ¿vive usted en la calle de Alcalá?
Ella.—Yo vivo donde usted quiera.

Dib. de Soler.



deseo te dirá: “¡Cuánto tiempo te he esperado!” Con ese recibimiento, ya puedes seguir adelante sin tropiezos. Si de ese *recibimiento* no haces una alcoba, es porque eres idiota por las dos ramas.

No te amedrente la pujanza de una hermosa mujer en la plenitud de su vida. Tienes medios de repleto para hacerla doblar, siempre que no seas un deslenguado.



COMENTARIOS DE UN DEMENTE

Pretérito y presente

Ustedes no estuvieron en la *Marina* que la Asociación de la Prensa organizó para su beneficio en el teatro de Apolo a fines de semana. Costaba doce duros la butaca. Doce duros no los tiene cualquiera. Y yo sé que si ustedes tuvieran doce duros no se los gastarían en un mueble modesto, sino en una cama confortable, con todo lo preciso para pasar el rato.

Y, sin embargo, se hubieran ustedes divertido. *Marina*, a través de los años, tiene sus encantos. Nos demuestra cómo eran de bobos los abuelos. La pobre pasadora de Lloret del Mar, dándole celos a Jorge con el pedazo de bruto de Pascual, y decidida a casarse si Jorge no se le arranca a tiempo, tiene un alto valor demostrativo. Hoy *Marina* no hubiera acudido a tan pueril y claro subterfugio. Clavada en la escalerilla, mientras llegaba a tierra la lancha del capitán idiota—Jorge era un pobre muchacho, que sólo sabía cantar bien y beber mal—, su papel estaría en pintarse de carmín los labios y de "kool" las ojeras. Un marino que llega de largas singladuras necesita poco para decidirse. Y si daba—que sí daba—la feliz circunstancia de que dama y galán vivían bajo el mismo techo, la cuestión se simplificaba hasta sus límites. Me juego la cabeza a que Jorge no tiene tiempo de decirle a *Marina* y a sus amigos el solitario deleite que experimentaba:

"Al ver en la inmensa llanura del mar las aves marinas con rumbo hacia acá."

Pero la *Marina* de Camprodón es del año de la nanita. Entonces las mujeres no se atrevían a los excesos de hogaño. Bajaban los ojos; suspiraban; se postaban de hinojos, y, contritas,

"Hágase tu voluntad",

decían a sus progenitores.

Si Pascual no hubiera sido tan cerrado de mollera, se casa con *Marina*, y luego hubiera sido ella. Al rendir de nuevo Jorge su viaje en Lloret pasados unos meses; ocupado Pascual—¡el pobre!—en el calafateo, *Marina* se hubiera consolado en los brazos de Jorge, y la zarzuela de Arrieta y Camprodón se conocería hoy a través de una versión dramática.

Yo pasé muy buen rato en la fiesta

de la Asociación, y lo pasó siempre que me toca presenciar obras exhumadas del repertorio antiguo. ¡Lo que me hubiera aburrido en este mundo si llego a nacer veinte años antes!

Porque la evolución ha sido rápida. Aun recuerdo que cuando los de mi quinta estudiábamos el preparatorio de Derecho nos distraíamos en la cátedra de Sinopsis Metafísica de Orti Lara leyendo a hurtadillas y en grupos de cuatro o cinco, *La taberna*, de Zola, como

libro procaz. Vino después Felipe Trigo. Y ya no tiene lectores Alvarito Retana, reputado de serio y de inocente.

Y si del género literario descendemos al género doméstico, causa risa comparar estas doncellitas de ahora con aquellas criadas que arrullaron nuestra niñez y a las que debemos recuerdos imborrables. ¡Qué refajos y qué enaguas planchadas y qué medias de lana, tan poco afrodisíacas!

Todo esto se me venía a las mientes la otra tarde escuchando *Marina*.

A lo mejor otro día viendo *Reinar después de morir* evoco a Consuelito Portela, cazadora de púlgidos, y a Raquel Meller, en aquellos apuntes de vodevil que hacía en el Salón Madrid de la calle de Atocha, y que eran—lo sostengo—verdaderos primores de cierta trascendencia psicológica.

LEOPOLDO BEJARANO.

Repetimos que cuanto antes dará comienzo la publicación de nuestra nueva revista, que será linda, linda, sobre toda ponderación.



Una.—¡Fíjate, chica! Se queja la gente de esto y no comprende que es la moda, ¡árboles a lo "garçon"!



EL HABITO NO HACE AL MONJE, por Demetrio.

—Oye; yo creo que no debemos ir a ese baile...

—¡Pero mujer! ¡Ya que nos hemos disfrazado!...

—Sí; pero ten en cuenta que somos casadas; que no están nuestros maridos y... ¡que nos puede tentar el diablo!



Cosas de Belorcio

Quien con niños se acuesta...

—Esto que ma voy a contar hoy, tamboco se está ferde...

—¡Caramba, Fritz! ¿Y cómo es eso?

—¡Ah, gomo se está esto, carramba! Bues se está borque no quierro de las tonterrías con el capallero moi mocho demasiao respetaple sensor... Yo ma va a gontar hoy un bresioso güento gochino...

—¡Fritz!

—Pueno, gochino bresisamente no. Se está un güento de niños begueños...

—Bien, venga y salgamos de dudas.

—Allá que se te va, todo él seguido...

—Escucho.

—Foi un susedido que le susadió a mi puen querrido amigo Fréderik, de Kanlsruhe. Mi puen querrido amigo Fréderik, se astuvo una pes de paseo a Perlín y sa fué a senar a la casa de su badrino, herr Wilhelm, badre de dos bresiosas mochachas moi gordas e moi hermosas todas las dos, carramba, e también de un begueño niño que se mambaba borque solamente sa tenía onse meses él, que sa astaba nasido de su madre.

—Muy bien.

—Pueno; bues herr Wilhelm no guiso decar a Fréderik que sa fuese a dormir al hotel. "Tú ta quedas a dormir a mi gasa, carramba, no se astaba faltado más", le dijo. "Berro mi fuen amico mío Wilhelm, si yo me estoy visto que tú no te tienes camas por dormir que las presisas", le contestó Fréderik. A ti no te debe estar imbortado esto", le repuso Wilhelm, tú te agüestas a la gama de las niñas, que se está a la alcoba del gomedor y las dos niñas se agüestan todas ellas a los dos sofás del gomedor, que se estarrán puestos cuntos. Y no lo haflemos más. Unicamente te tienes que tener un boquito de algo de güidado de mi bobresito hijo paqueño que se dormirá a la cuna que se está gunto a tu gama". "Moi puen querrido amigo mío Wilhelm; tú te estás un badrino más mocho carriñoso y yo ma tendré un del todo extraordinario güidado de tu begueño hico chiguitito".

—Antoneses toros se pusieron a dormir: las pellas hijas del badrino, a los sofás del gomedor; Fréderik, a la cama de la alcoba del gomedor y el begueño criaturro a su cuna de cunto a la cama de Fréderik. Boco después, toros dormían con toda su tranquilidad... Berro a la mería noche, sa desbertó el

bobre Fréderik, con unos grandes y moi extraordinarios deseos de... ¿gómo te diría yo?... Verás: el bobre Fréderik, sa había estado bebido de una gran ganidad de servesa, ¿ma entiendes?

—Comprendido; sigue.

—¡Oh, qué grande apurro el de bobre mochacho! Borque lo espantoso es que a su habitación no había ningún... ningún... ¡ninguno de estos aparatos de borselana tan nesarios bor la noche a las bersonas que beben mucha servesa!, ¿ma entiendes también?

—También; continúa.

—¡Oh! ¿Qué haser antoneses? —se decía Fréderik, todo él apurado—, ¿gómo salir bor el gomedor estándose en él las dos bresiosas hicas de mi badrino, que sa pueden creer que yo ma estoy un sinvergüensa?... ¡Y yo no ma buedo contener, carramba! ¡Berro, ah, qué grande luminosa idea se ma ocurre! ¡Yo ma estoy salvado, borque el bobresito niño begueño sa cargará toda la culpa!

—Antoneses quitó al niño begueño de la cuna, le acostó a su cama y él sa puso de rodillas a la cuna... y se quedó tan satisfecho...

—¡Valiente sinvergüenza!

—Tú te debes haser del cargo. El bobre Fréderik se astaba imbosible de gontenerse un sólo momento más.

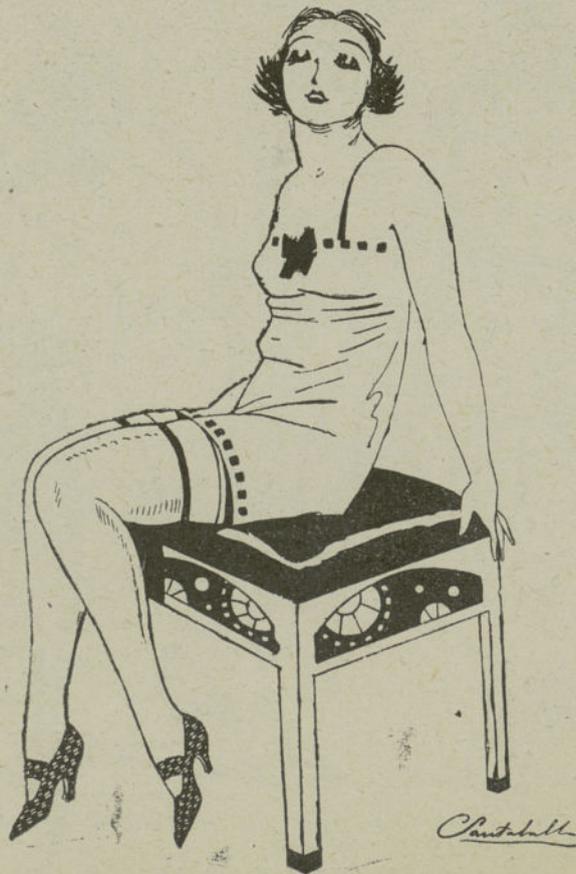
—Bien, bien; termina.

—Nada. Que antoneses, cogió al niño y se le puso otra fes a la cuna.

—Y él se volvió a la cama y se durmió como un bendito, ¿no?

—¡No pudo! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! No pudo, borque el begueño niño chiquitito se le había hecho a su cama un montonsito de una cosa moi mocho bastante demasiao peor! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!...

BELORCIO



—Si ustedes están esperando a que yo me ruborice, les advierto que tienen para rato.

Dib. de Santaballa.

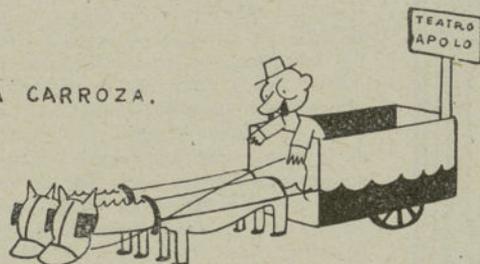
SALDO DE CARNAVAL

Por MIHURA



-DE NEGOCIO-
-Si; yo he conocido a tu pobre madre.
-Era una señora muy quapa y muy simpática ¿verdad?
-Si; y además llevaba muy barato

UNA CARROZA.



UNO 'CA' ROZA.



Padre nuestro que estas en etc... etc...

UNA 'CA' REZA



Y OTRO 'CA' RIZA.



-¡Alza, mi mujer con dos!.
-Como estas borracho ves las cosas dobles Va solamente con uno.
-¡Jh, vamos!...



- Pero antes jirame que me vas a querer mucho tiempo.
-¡Caray; no has visto que he tomado la habitación por unco horas?..



UNA MASCARA



OTRA MAS CARA. (5 ptas. mas)



-Vamos, caballero; es que me toma Vd. por una mujer de vida alegre?



-Se necesita ser idiota para traer a la moña a un baile y ponerla así.

-¡Hay que ver que tonto!
-Ya, ya lo veo.



-Pues si chico, estoy siguiendo el consejo de mi marido.
-¿Qué te dijo?
-Que no me juese a enfriar.

MIHURA



¡Jo los aceites mundanos. Una íntima carcoma los corroía sordamente.

El marqués, joven y apuesto, casi no prestaba atención a su esposa, entreteniéndose en amoríos frívolos y venales. La marquesa, un poco asqueada de su marido, hacía una vida de retraimiento, ática, como una torre señera en medio de su abandono. Manolo, el "chauffeur" de la casa, espíritu romántico dentro de su prosaica librea, sentía por su señora una adoración que se le escapaba por las pupilas y por la voz trémula en cuanto se encontraba a su lado. Y Nati, la pizpireta doncellita, se agostaba llena de pesadumbre, porque el "chauffeur", después de haberla engolosinado con un amor posible, apenas le prestaba ya atención alguna. ¡He aquí, pues, cuatro seres desgraciados que, pudiendo ser fácilmente dichosos, resultaban modelos de malaventura!... ¡Este cochino mundo!... La humanidad está loca de remate. Los hombres—y las mujeres también—andan dejados de la mano de Dios. ¡Qué duda cabe!...

Casi sin darse cuenta de ello, acaso por el deleite que siente toda hembra cuando se advierte admirada y deseada, la marquesa había ido otorgando al "chauffeur" pequeños favores: sonrisillas, miraditas, suaves inflexiones de voz. Manolo, por otra parte, no dejaba de merecer todo esto. Tratábase de un mocetón fornido, moreno, esbelto, con los ojos enmelados y cariciosos. Era, desde luego, un plebeyo. Pero da la casualidad de que la naturaleza ha dispuesto las cosas de tal modo que, en ciertos momentos, tanto monta un villano como un noble y aún hay ocasiones en las que el villano suele montar mucho mejor que cuantos aristócratas existen.

Empujaron unos días a otros hasta llegar a uno en que Manolo no supo, ni quiso contenerse más. Era precisamente domingo—de carnaval. La marquesa lo llamó para darle una orden. Él la escuchó en silencio y, luego, de súbito, encendido el rostro, yolcó a los pies de su señora, como un haz de flores, los secretos de su corazón. La dama quiso indignarse y encolerizarse. La invadía, sin embargo, una languidez enorme, una falta de voluntad inexplicable. Limitóse, pues, a decir al muchacho:

—¡Cómo se conoce que es Carnaval, Manolo!... ¡Valiente broma me tenías preparada!... A pesar de ello, debo advertirte que ciertas bromas...

Y, mientras hablaba, se reía nerviosa y desasosegada, enarcando el cuerpo gallardo, mariposeando con las manos traslúcidas y loqueando con los

ojos verdes, llenos de puntitos brilladores.

—No es broma—institió Manolo, cejijunto y tenaz—. ¡No es broma!...

—¡Si es broma, Manolo, si es broma!—le replicó la marquesa—. Pero mira: a broma, broma y media. La seguiremos los dos a un tiempo... Verás... Quiérole... Detúvose indecisa un punto y, después, prosiguió:— Quiero salir contigo esta noche... ¿Te parece bien?... Me disfrazaré con un simple antifaz y me llevarás como si fuese, en efecto, la amada de tu corazón, a uno de esos bailes, donde la gente se embriaga de placer... Es la de hoy fecha que incita a hacer alguna pequeña locura... La haremos, no te preocupes...

Manolo, estupefacto, vio salir de la estancia con un ondulante cimbramiento de su cuerpo, rizada sobre la nuca la loca melena rubia y dejando en pos de sí el perfume de un leve cigarrillo diluido en una frágil serpentina de humo...

La marquesa arrepintióse bien pronto de sus palabras, ¿Por qué las había pronunciado siquiera?... ¡Oh! No lo sabía. Sencillamente porque sí. De este modo acontecen en el mundo muchas cosas. Se enhebran las palabras y se engarabitan los hechos sin lógica ni concierto, como obedientes a una ley suprema y desconocida, que está por encima de nuestra voluntad.

No había que pensar, sin embargo, en que ella cumpliera su promesa. Para zafarse del compromiso, intentó hacer a su esposo que la llevara aquella noche a cualquier sitio. Fué en vano. Su esposo no atendió su ruego. Había de salir él solo. La marquesa, entonces sabedora de la pasión que la Nati sentía por el "chauffeur", pensó otro expediente para salir de su empeño. Llamó a la doncella a su cuarto y la dijo:



—Pero, hombre, no te impacientes... Verás qué bien te disfrazamos.

—Es que lleváis mucho tiempo poniéndome el gorro.

Dib. de Mijangos.

Todo el año es Carnaval

¡Cómo anda el mundo! ¡Cuán revuelto! ¡Qué enmarañado! Pasma ver de qué modo todas las cosas, en vez de encajar suavemente, unas en otras, como piezas concordantes para la buena marcha de la máquina universal, parecen complacerse en acusar la violencia de sus aristas, en repelerse, en rechinar apenas se ven juntas, resultando de esta mala inteligencia un desconcierto realmente escandaloso. Un ejemplo que prueba cuanto va dicho, ofreciálo la casa de los marqueses de Monterrubio. Allí las condiciones de la vida material eran inmejorables: rentas abundantes y saneadas, hogar cómodo y fastuoso, salud, bienestar, buena mesa, buen lecho, buena bodega. Y, sin embargo, ni pizca de felicidad. No es que su desgracia se exteriorizase en formas videntes. Todo se desarrollaba dentro del más perfecto buen tono. Una máscara de corrección ponía sobre los rostros una apariencia de felicidad; pero la tragedia de los espíritus caminaba soterrada ba-

—Oye, Nati... Te he preparado una sorpresa. Esta noche irás al baile de máscaras. Te llevará Manolo. Le he avisado ya de que habrá de acompañar al baile a una muchacha que le quiere... No le he dicho, naturalmente, que se trata de ti... Mejor para vosotros dos; si él lo adivina... Tú irás calladita, evitando cuanto puedas que te conozca. A los hombres los apasiona lo misterioso... Sé lo que le quieres y me duele ver que, a veces, te sorbes las lágrimas para que yo no las sorprenda... ¡Aún puedes ser feliz, criatura!

Nati, trémula de gozo, sólo acertó a decir:

—¡Pero si no tengo disfraz, señorita!

—No te apures—le contestó la marquesa—. Te pondrás uno de mis trajes y te taparás el rostro con un antifaz... Eso y tu picardía bastan para obrar el milagro de que no te conozca Manolo hasta el momento oportuno...

Aquella noche, en cuanto el señor dijo que se marchaba, señora y doncella se encerraron en el cuarto de esta última. Después de un buen rato, la marquesa—que se había puesto el uniforme de la Nati para no tener que regresar desnuda a sus habitaciones—, veía desde una ventana cómo Manolo saludaba ceremonioso a la doncella, estupendamente disfrazada de gran dama, enmascarado el semblante, aún más que con el antifaz, con el ancho cuello levantado de su mejor abrigo de pieles.

Transcurridos unos instantes, la marquesa salió del cuarto de la Nati. Caminó de puntillas por un largo pasillo, temerosa de que la descubriese algún criado. Llegó luego a una habitación que estaba a oscuras. Cuando la prometía, alguien cogióla de súbito violentamente. Lo inesperado de aquel ataque la dejó sin habla unos momentos. Durante ellos, fué arrastrada y derribada sobre una *chaise-longue*. Unas manos febriles martirizaban sus ropas, una boca crispada buscaba su boca. Ella, indignada e invadida a la vez por un íntimo contentamiento, por una extraña laxitud, comenzó a defenderse. Pero resultaba que, al acudir a defender una parte de su cuerpo, quedaba desamparada otra, sobre la que caía en seguida, alguna caricia del desconocido asaltador. Iba ya, sin embargo, a gritar, cuando he aquí que el incógnito le susurró al oído:

—¡No chilles, Nati, no chilles!... Te deseo, te quiero desde hace mucho tiempo. Tu cuerpo adorable es para mí una constante tentación. En él se prenden mis ojos. Y mis anhelos lo visten de un halo apasionador. No chilles, muchacha... ¡Déjate hacer!...

¡Su marido!... La marquesa esforzóse por encolerizarse. No lo consiguió. Contra aquellas manos, diestras, contra aquella boca voraz—más elocuente cuando callaba que cuando hablaba—resultaba difícil disgustarse. Cedió, pues, al ímpetu de su esposo.

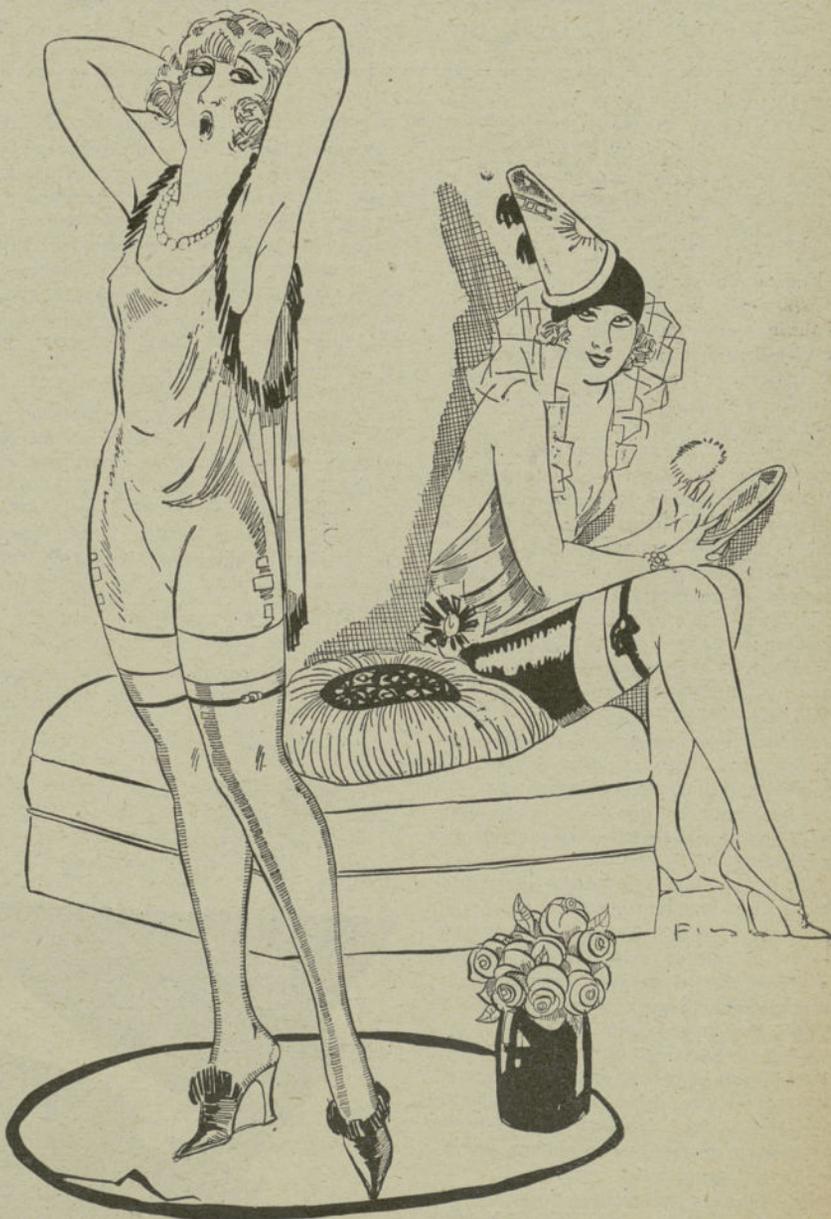
taba difícil disgustarse. Cedió, pues, al ímpetu de su esposo.

A partir de aquella fecha memorable, en la casa de los marqueses reinó la felicidad. Parece ser que Nati y Manolo llegaron a entenderse admirablemente. El "chauffeur" supo hallar entre los brazos de la doncella un hechizo, del que ya no acertó a librarse. Y en cuanto a la dama... Todo el año fué Carnaval para ella desde entonces. Por eso veíasele deambular muchas noches disfrazada con

el atuendo de su doncella por las habitaciones en sombra.

En un cajoncito de su *secretaire* se iban acumulando los billetes que, en premio a sus complacencias, le entregaba el marido "para medias", al final de cada rato pasado en su compañía. Los destinaba, agradecida, a hacerle un buen regalo en el día de su santo. El marqués se lo estaba ganando a pulso,

José A. LUENGO



—¡Si vieras qué pereza me da ir al baile!...

—¡Chica, pues hay unos muchachos en la orquesta que tocan admirablemente!

—En eso queda mejor el portero de mi casa.

Dib. de Picó.



"Las niñas que llegan a la edad de un año, todas sin excepción han pasado ya de los cuatro meses."—El autor.

"Dicen que está llorando la molinera..."—Canción popular.

Yo soy un sentimental.

Aborrezco las judías con chorizo y deglutir callos en presencia de público es una cosa que me molesta, igual que me molesta dejarme el pañuelo en casa, cuando voy al Parque del Oeste con una novia que tengo de Logroño.

Yo no soy de esos individuos voluptuosos que están con una buena gachí al lado y su mayor satisfacción es cerciorarse de si las dos cosas que tiene la fulana un poco más arriba del ombligo, guardan alguna semejanza con las que él succionó en su infancia más insensata.

Y que, además, dicen, mientras lo ejecutan:

—Te voy a masticar las encías, pedazo de carne de membrillo.

Yo, no.

Yo hago comparaciones análogas con los esféricos; pero en lugar de decir la susodicha ordinariéz, exclamo:

—Te amo tanto, que vivir sin tu amor puro, me sería difícil como componer una mecedora.

Y es que, como he dicho al principio, yo soy un sentimental.

Porque hoy día, al caballero que nace así, no le quedan más que dos soluciones: o tirarse al paso del exprés de Vigo o ver una película de producción nacional, que viene a ser análogo.

Yo no conozco la historia de España, ni las costumbres de nuestros antepasados y a esto debo mi buen apetito actual. Lo que hacían estos señores me importa menos que se ahogue un japonés en un barreño.

Pero lo que pasa hoy, lo sé, igual que sé que lo mejor para abrir el apetito es una copa de jerez Garvey (1).

(1) El autor les pide a ustedes mil perdones por la propaganda, pero es que pasado mañana tengo un invitado a comer y como las casas anunciadas no me obsequien con algunos comestibles, le voy a tener que dar una lechuga con vinagre, cosa que me molestaría mucho, porque al aludido huésped lo único verde que le solaza es "La novela Exquisita".

Y hoy, a los sentimentales, nos es imposible habitar en esta pesadez de baúl, cuya monotonía he comprendido desde la otro noche a las siete y cuarto, que es decididamente insoportable.

Hoy, desde que se cruza la vista con una mujer, el pensamiento libinidoso surge, tanto en nosotros como en ella.

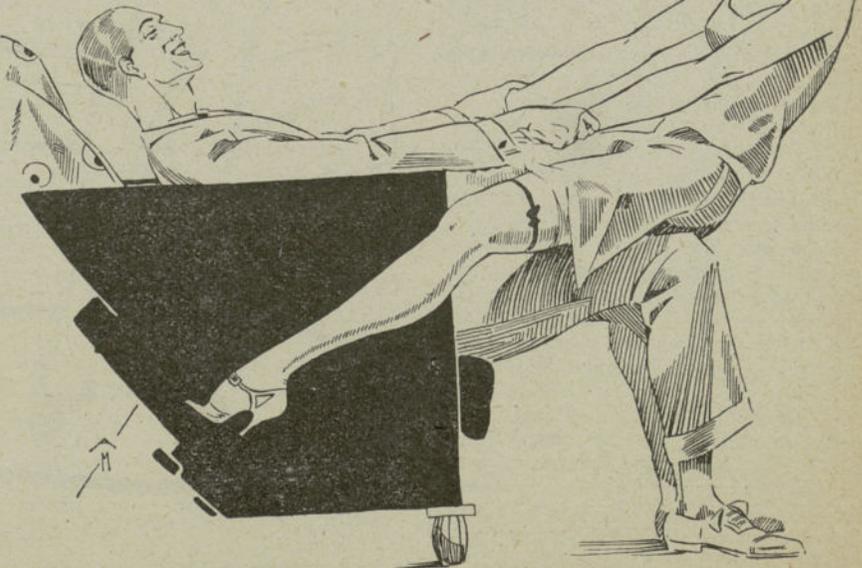
Y en vez de pensar como se debía:

—¡Qué feliz me haría el amor de este ser!... —se medita:

—¡Qué a gusto utilizaría yo agua caliente con este habitante del planeta!...

Y si emprenden esa estupidez que la gente llama relaciones, el amor, que es lo que debía juntar dos almas, se echa en olvido, igual que se echa una perra gorda en la lucha de una butaca para que le salga a uno una cajita con tres deliciosos caramelos, de los que vende Matías López (2).

(2) Vuelvo a repetir que me perdonen. Mi invitado es algo goloso.



SARNA CON GUSTO..., por Moliné.

Ella.—¡Anda! ¡Llévame al baile de máscaras!...

El.—¿Para qué, tontina? Aquí resultará mejor.

Ella.—Es que a mí me encanta la incomodidad del antepalco.

A los dos días de pasarte las horas diciendo lo bonito que es el Palacio de Bellas Artes y lo buenos que son los puros marca Guerrero, se empiezan a largar indirectas

Y a esto le llama la gente unos novios. Y, además, agregan que se quieren mucho.

Y ¡vamos!, a mí me parece un poco idiota ser un hombre medianamente razonable para pasarse la juventud desnu-



triéndose y cortándose las uñas al rape para que no molesten.

Porque para hacer estas cosas y otras de muchísimos más resultados voluptuosos, hay otra clase de mujeres que, además se lo agradecen a uno más sinceramente y tiene uno la ventaja de poder decir palabrotas en su presencia.

Yo opino que una novia debe ser algo a quien hay que decirle palabras de amor, ver puestas de sol en su compa-

ía, escribir algún que otro verso, sentir celos, llojar cuando se vaya a veanear en Torrelodones, pensar en ella emocionarse con todas las comedias de Fernández Ardavin.

Y si se terciá tocarle un muslo, no despreciarlo, ¡qué narices!; pero no anarlo siempre apeteciendo como si fuese el de un pollo asado, de los que vende acreditada cervecería de Negresco.

Porque, es lo que pasa. Que entretenidos con esas menudencias escolares, no se hace la faena verdad casi nunca.

En cambio, antes se tenía una novia modista y, cuando embriagados de terpezas y de puestas de sol, se quería demostrarle su cariño ciego, no se entretenía uno en hacer esas estupideces digitales, sino que el musgo acogedor de un parque, se ablandaba al recibir ella la caricia definitiva.

Pero todo esto era el Amor y la Primavera.

Y después ella decía: "Aquel hombre me perdió; pero le quería. Fué una tarde de mayo y había flores..."

Y, además, los autores dramáticos aprovechaban estas cosas para hacer comedias en cuatro actos con un poco de música al final de cada uno.

¡Yo soy un sentimental! Lo reconozco.

Yo ando en busca de una novia a quien poder decir: "Mi alma guarda un cariño puro que depositaré en tu cabeza rizada y loca".

Lo malo es que esta frase tan bonita, se la voy a tener que decir a la Cibele, porque si se la digo a una niña de dieciocho años y de cara de imbécil, se iban a oír las carcajadas en Pamplona.

Y de mí no se ríe más que una prima mía, estancuera, a la que hago mucha gracia cuando ando.

Y así la vida es imposible.

Menos mal que aún quedan fiambres y dulces de los que tan baratos vende Monopol...

(¡Se va a hinchar!)

MIGUEL SANTOS

(Ilustración de Mihura.)

Madrinas de guerra

Tetuán, viernes

Querido "chino" (porque sé que el chino y tú, sois una misma persona).

Te mando la continuación de mi "Diccionario" para que veas que aquí "hay formalía" y que si lo publicas, no te faltará ninguna semana el original.

¿Recibiste la anterior? ¿Te gusta? ¿No? Pues que te frian un catafalco.

Yo no sé hacer otra cosa, y lo lamento, porque me gustaría escribir en tus COSQUILLAS, que tienen una "portada" de gracia y cada señora Demetrianá y Piconiana, que le trastornan a uno la... (¡pero qué iba a decir!).

Bueno, contéstame y mándame la revista, porque aquí, a lo mejor, no la encuentro, pues en cuanto viene el número, lo acaparan en la plaza y muchas semanas me quedo sin él.

Esperando que te sueltes la coleta, permanezco tuyo hasta el sifón.

ALBERTO PÉREZ GARCÍA

Regimiento La Victoria núm. 76. Tetuán.

(Querido amigo Alberto: Perdona que te haya despojado de la graduación; pero no tengo más remedio. Recibe un abrazo del "Chino desconocido".)

También la solicitan:

Francisco Carrasco y Constantino André. Batallón de Cazadores de Africa núm. 4, Sección de enlace. Zoco Arbaa, Tetuán.

José Mármol, Francisco Vilches y Juanito Abrisqueta. Legión Extranjera, Cuartel del Rey. Ceuta.

Eduardo Ochoteco Yrazaqui y Cristóbal Gogorza Taberna, de la Compañía expedicionaria de América núm. 14. Posición de Buixa, por Puente Internacional. Vía Tanger.

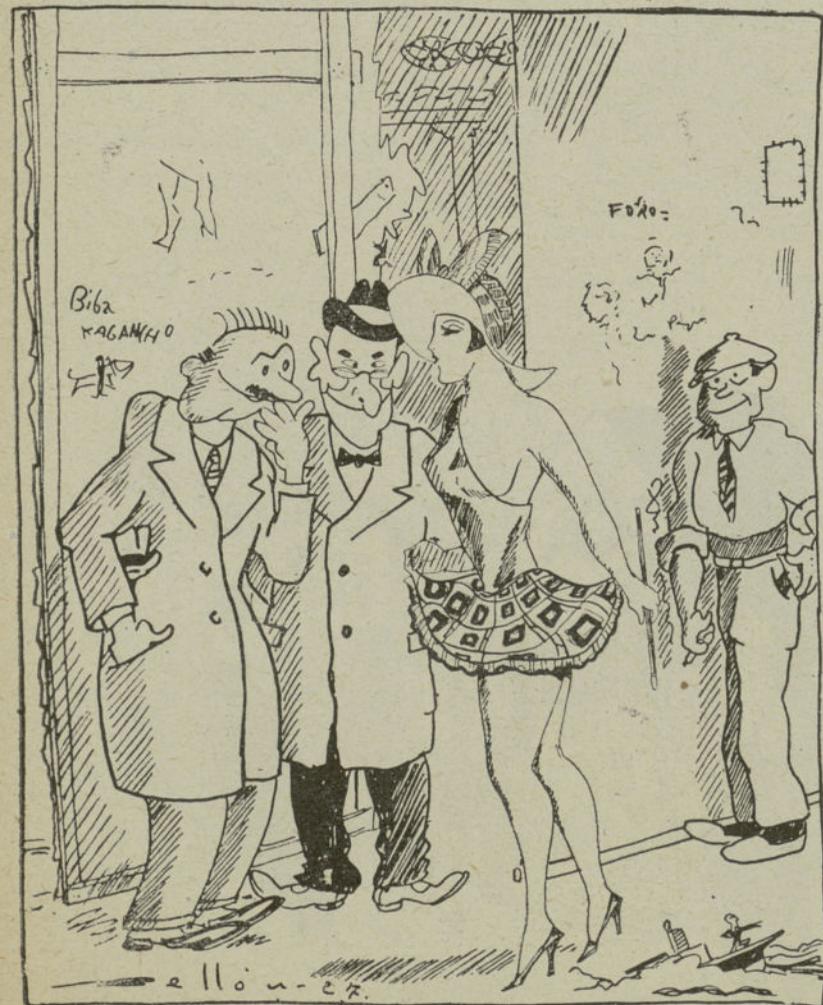
Jesús Jiménez Martínez. Cabo del Batallón de Cazadores de Africa núm. 12, destacado en Gorra (Larache).

Mariano Cano Barroso, del mismo Batallón, destacado en Tabaganda (Larache).

Andrés Alegre García, y Pedro Gómez, Miguel Maldonado y Alfredo Serdá, Legionarios. Cuarta Compañía de Depósito. Campamento de Dar-Riffien, Ceuta.

Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.
«SECRETO FAUST», infalible
¡aun septuagenarios! Envío pliego cerrado, 0,25. Escribid Apartado 1.236. Madrid



Uno.—¡Atiza; esta chica la conocí yo cuando estaba mamando! ¡Lo que ha crecido!

El otro.—¡Pues entonces... no ha crecido!

Dib. de Bellón.



Barcelona En Pyjama.

III Y—¡POR FIN!—ÚLTIMO

...Pero he aquí que un buen día—que fué el peor de su vida—, el pobre “Príncipe de Cuba” se enamoró. El amor es un dios tan democrata, que se refugia hasta en las almas de los negros. Pero, como se sabe, el alma del “Príncipe de Cuba” era de color de rosa. De manera que el amor no le iría tan mal en ella.

El amor de “El príncipe de Cuba”—eso de “El Príncipe de Cuba”, parece el nombre de un trasatlántico y aunque ya lo hemos dicho, con ésta dos veces, lo diremos cuantas nos venga en gana—se llamaba Rosita. Rosita, que era una gran mujer, estaba acaparada por un comerciante poderoso. Un comerciante-tipo: origen oscuro, humildísimo, enriquecido con la guerra, como la mayoría de los comerciantes de Cataluña... e islas adyacentes; socio de varios clubs aristocráticos, más o menos aristocráticos; automóvil; abono en el Liceo; amistad con políticos de altura, que aprovecha para sus especulaciones en bolsa; crédito comercial ilimitado; respetabilidad.

Físicamente era un tipo de una vulgaridad que podía competir con la vulgaridad de las comedias del señor Honorio Maura, muy señor nuestro. Pequeño, tripudo, calvo, con un bigote como un cepillo para los dientes colocado debajo de la nariz, don S... no podía envanecerse de ser lo que se dice un seductor. El seductor era su dinero.

Además de acaparar vinos, aceites y patatas, don S... acaparaba a Rosita. O creía acapararla, que viene a ser lo mismo, ya que Pirandello y Einstein, han demostrado sobradamente que en esta perra vida todo es relativo.

Don S... vivía feliz, porque *vivir en la higuera*. *Vivir en la higuera* es toda la felicidad a que podemos aspirar los míseros mortales. La higuera es la ignorancia, caros amigos, y ya es sabido lo de: “añade ciencia y añadirás dolor”.

Don S... no era un doloroso, sino un hombre feliz, es decir: un ignorante. Un ignorante respecto a la fidelidad de Rosita y respecto a otras muchas cosas.

Porque Rosita, no le era fiel al opulento comerciante. Rosita se corría las grandes farras con el bailarín, con el Príncipe. —¿Habíamos dicho que el Príncipe era bailarín? Perdonen ustedes el olvido—. El pobre bailarín, que esta vez se había enamorado de veras, se gastaba la plata con Rosita, la plata que le daban las demás mujeres.

Hasta que un día, don S..., se enteró. Añadió ciencia, ciencia y un disgusto morrocotudo. La calva se le puso livida, histérica. Le hizo una escena a Rosita, y Rosita, a la que no convenía romper con el opulento comerciante—porque, vamos a ver, ¿de qué iban a comer ella, sus padres y siete hermanitos, si no era del dinero de don S...?—, prometió emendarse y ser fiel y cumplir dignamente su misión, que era tres veces por semana, proporcionarle unas “buenas noches” al opulento, si que también vov-devileso comerciante.

Y, a pesar de su promesa, volvió a las andadas. Y el bailarín volvió a turnar en la alcoba de la bella Rosita. Y don S... volvió a añadir ciencia, y ya tanta ciencia le pareció, a pesar de su calvicie, una tomadura de pelo. Tanta ciencia no le cabía en la cabeza.

Pero le era tan doloroso separarse de Rosita ¡Tenía la deliciosa criatura tan encantadoras complacencias! Lo mejor sería deshacerse del funesto bailarín, del terrible “Príncipe de Cuba”.

Pero no era cosa fácil deshacerse de su Alteza. ¿Cómo hacerle desaparecer?

¿Con qué motivo? No había que pensar en el veneno ni en mandarle de delegado a la Sociedad de Naciones, a pesar de la abundancia de cocos que reúne tan recreativa y edificante sociedad.

Entonces, el opulento comerciante, recurrió y puso en juego, a sus amistades con el fin de expulsar de Barcelona al negro que tenía el alma de color de rosa. ¿Pero qué pretexto alegar para expulsarle?

A estas fechas—y ya ha llovido desde entonces, sobre todo estos últimos días—se ignora el motivo. Pero el pobre bailarín fué expulsado. Para expulsarlo, fueron necesarias la intervención de un jefe superior de policía, de un gobernador y de un ex-ministro regionalista.

No es broma.

LUIS CAPDEVILA

Correspondencia particular.

F. R.—No nos sirve su dibujo.

V. G.—Lo mismo le decimos.

R. de G.—No están a tono con nuestra revista.

8870.—Se publicará alguno.

F. M.—Le contestamos como al anterior.

Oscar.—Son muy flojos. Veremos si aprovecha alguno.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES NI SE ABONARAN MAS QUE AQUELLOS SOLICITADOS PREVIAMENTE POR LA DIRECCION



ERROR, por Herreros.

Tulipán.—¡Dejadme, por favor! ¡Que estáis equivocadas! ¡Que yo no he venido a eso!

UNA EXPERIMENTADA, por Picó.

—¿Tú crees que nos
convidarán a cenar?

—¡Qué remedio!...
Nosotras por lo pronto,
no haremos concesiones
como no sea de sobre-
mesa.



Ideas carnavalescas

Unos cuantos disfraces

Hemos visitado a uno de esos espirituales lanzadores de modas femeninas para hacerle las siguientes preguntas:

—¿Por qué tienen ustedes tan poca inventiva para crear disfraces femeninos? ¿Han lanzado este año algo original? ¿Podría usted brindar a las lectoras de COSQUILLAS unos cuantos disfraces que no fuesen de veneciana, de turca, de andaluza, de dama del siglo XVIII, de tirolesa, de gitana, de aldeana rusa, de alsaciana, etc., etc.?

Nuestro interrogado meditó un poco y luego nos dijo:

—No es cierto que los modistos no sean capaces de crear disfraces nuevos; es que las mujeres son muy reaccionarias. Yo tengo ideados algunos. Y, naturalmente, me complace ofrecerlos a las lectoras de COSQUILLAS. ¿Quiere usted también algunos para los lectores?

—No es preciso. Nuestros lectores no se disfrazan. Lo más, acompañarnos cuando hacemos el ganso. A ellos lo que les interesa es lo de ellas.

—Pues, vean ustedes.

Y ante nuestros ojos exhibió una colección de sedas, tules, pieles, terciopelos, etc., etc.—¿Quién fuese Gil de Escalante para lucirse en esos etcétera—que eran, lo que decía él un sueño.

Miramos y remiramos. Y he aquí los modelos que podemos ofrecer a nuestras lectoras:

El pámpano y la onda.—Es muy antiguo y muy moderno. Se reduce a un pámpano de bordes leanceolados con una cadena de tres milímetros de espesor, sujetándolo a la cintura. El mérito del disfraz estriba en un ingenioso mecanismo que, de minuto en minuto, levanta el pámpano! Eso es lo que el modisto llama la onda. Salta a la vista que el disfraz es incompleto, porque falta la antena; pero ese cuidado se deja al caballero que acompañe a la disfrazada.

La vía láctea.—Este disfraz también es muy reducido. Lo forman unos zapatos verdes para producir ideas bucólicas, una gorra con visera y una cacharra de la lechería del barrio para llevarla en la mano. Si la dama es pudorosa y no quiere mostrarse tan desnuda puede agregar un lazo al asa de la cacharra.

Mariposa.—Disfraz inspirado en ideas relativamente antiguas. Un gran lazo de muselina blanca en el tobillo izquierdo; otro de muselina roja en el derecho; un tercero, azul, en el antebrazo izquierdo, y un cuarto, amarillo, en el otro antebrazo. Se puede agregar un

quinto; pero, por aquello de que el quinto no ha de ser malo, es indispensable colocarlo en la mitad superior del muslo izquierdo. Cuanto más superior, más sugestivo resulta el disfraz.

De pesca.—Una caña, un anzuelo, un cuello de piel para la garganta y una anguila de regular tamaño colocada sobre el cuerpo de manera insinuante. Queda al buen gusto de la señora la colocación de la anguila.

Agua que no has de beber, espurréala. A base de un botijo. Se completa el disfraz con una toca en la cabeza.

Futbolista.—Carece en absoluto de telas. Consiste en dibujar sobre la piel unas grandes franjas de colores. En la parte posterior de mayor relieve se interrumpen las rayas para dibujar sutilmente unas líneas sombrías que imiten

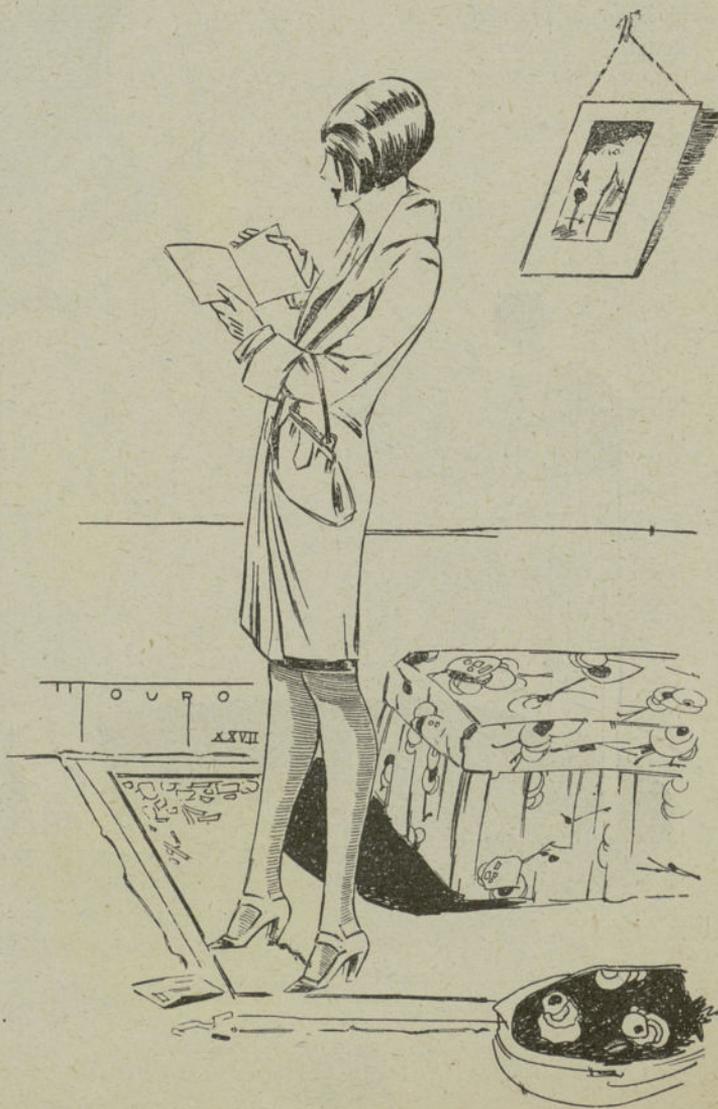
las costuras de un balón. Es un disfraz de gran efecto. Para emprenderla a patadas.

Literata.—Tres plumas de avestruz en la cabeza; el título de la "Revista de Occidente" dibujado en un hombro; en el otro, el del "Cantar de Mío Cid"; en la mano, una pluma estilográfica; en la pluma, un lacito; en el lacito, un brillante. Y en el brillante, una cadena, por si acaso.

Incórdiez.—Disfraz dedicado a COSQUILLAS. Unas gafas y un chaquet azul marino, con rejillas laterales, para no sofocar a la señora. Si ella es exigente, se le permite la impropiedad de agregar un bastón.

Etc., etc.

JULIO CORTIS



LA CARTA DEL AUSENTE, por Mouro.

—¿Pues no me explico lo de la cojera!... Anginas es lo único que podía tener ese imbécil...

Acontecimiento cinematográfico



He aquí una nueva estrella del film, que dentro de unos días será la artista de moda entre el público madrileño.

Lili Damita se presentará en el Cinema Argüelles el próximo lunes 28 en la hermosa producción *La poupee de París*, que lanza al mercado la acreditada casa Ernesto González.

La Poupee de París no será una película más, sino una gran obra del arte cinematográfico, presentada con grandes y sorprendentes sorpresas, que no queremos descubrir para no restar al público el encanto de la novedad. En próximos números daremos unas cuantas fotos de esta interesante película; fotos que causarán la admiración de nuestros lectores por su belleza sugestiva.



Charlas de Incórdiez

HE ENCONTRADO LA FORMA DE MI ZAPATO

Siempre perdices cansan, dijo no sé si Fray Luis de León, y en efecto, yo lo he podido comprobar.

Hacia ya casi tres años que gozaba de la más dulzarrona popularidad: Nada más que elogios llegaban a mis oídos y un promedio de quince cartas diarias, en las que se cantaba en todos los tonos lo divertidas que resultaban mis pifueras y mis salidas de diapason. Yo estaba al principio lógicamente orgulloso al ver lo unánime que era la opinión general, y hubo días en que la vanidad me cegó hasta el extremo de pedir dos reales de aumento en mi sueldo diario. Empezaba a perderme irremisiblemente: era ya uno de tantos envanecidos, de esos que se les da el pie y se toman la mano. Y había empezado a invadirme la desazón de la duda: ¿Serían sinceros los elogios que escuchaba? ¿No sería una tomadura del *cheveux* aquellos incansables elogios a mi labor de payaso? ¿Acaso habría una opinión contraria que por encontrarme demasiado insignificante, no se tomaba la molestia de decírmelo? Hasta que hace unos días y en forma de carta, me ha llegado lo que si al principio me produjo una indignación que me hizo inventar nuevas blasfemias y comerme el cigarro que fumaba en aquel momento, después fué bálsamo reparador; oasis para mi intranquilidad, y luz que ahuyentó las sombras que entenebrecían mi conciencia. Un hijo de Castejón, me envía la epístola que a continuación copio al pie de la letra, y como yo soy un esclavo de la verdad, ahí va la sanción que me ha vuelto al equilibrio y a

la natural modestia que eran mis característica cuando me sacaron de la tienda de un herbolario, para hacerme periodista y competente en belleza femenina.

Castejón (Navarra), 25 de enero de 1927.

Señor Incórdiez, Director de COSQUILLAS.

Respetable señor: Yo, como pequeño crítico, respeto a su cosquilleo; voy hablarle con sinceridad:

Debo de advertirle, porque, según me figuro, no comprende que lo que hace usted con sus escritos no es más que el "Yndian", porque carecen en absoluto de gracia.

¿No comprende usted que ese repertorio que se trae es del siglo XV, de lo que nosotros tenemos muy olvidado?

Para leer todas esas gansadas que escribe, tenemos que estar dos, par hacernos cosquillas el uno al otro, que es la manera de reírnos un poco. Con sus melonadas, maldito lo que nos reímos.

Así que ya sabe: métase a "dulero", que no tendrá que discurrir tanto, para el poco resultado que da.

Suyo hasta desabrocharme,

Balvino.

Quedo muy obligado a este hijo de Castejón, por haber tirado la primera piedra.

Si me quedan amigos, les ruego que sufraguen el árnica.

Vuestro hasta la tortura,

INCÓRDIEZ

—¿Lo que yo hago en la vida?
Pues te lo voy a contar:
vestirme, salir a la calle
y volverme a desnudar.

Dib. de Bellón.



SORPRESAS

Una aventura muy novecientos veintisiete.

Ricardito Lahoz acababa de tener una idea genial. Sobre su cerebro, iniciador de mil aventuras extravagantes, se había posado la libélula de la maldad, inoculándole, envuelta en la viscosidad verde de su baba repugnante, una nueva exquisitez, como el pobre animal definía sus aberraciones.

Ricardito Lahoz era asaz conocido en el mundo de la coca y la sodomía. Estaba cansado de efebos, en los que sólo veía el reflejo de su imagen. En busca de sensaciones nuevas, anhelaba la aventura brutal; mas, ¿cómo encontrarla? Era cobarde como los de su casta maldita y huía de la temeridad, por que ésta tenía nombre de mujer.

El Carnaval, con la complicidad de los disfraces y el champán, había dado solución a sus torpes afanes. Los bailes, erigidos en templos del placer ebrio, serían el escenario de su nueva aventura.

Pronto quedó convertido el enfermo en una atrayente figura de retablo romántico. Una dama del año 1812 hubiérale envidiado por su elegancia y su simpatía. Cubrió su rostro con un coquetón antifaz... Ricardito Lahoz había desaparecido; de sus cenizas surgió el Fénix, que encarnaba en Fémica procaz.

Su aparición en la sala hizo sonreír a los hombres y palidecer a las mujeres... Triunfalmente se le acogió por el elemento ávido de placer...

Entonces, aquella extraña muñeca ochocentista, tembló. Su elegante figura de mujer hermosa proyectaba la sombra de la cobardía, acompañante eterna de las aberraciones del Efebo.

Las piruetas del charleston volviéronle a la confianza. Los ojos de su pareja, una fornida muestra de la raza masculina, brillaban en los rápidos cambios de miradas sensuales. El champán refrescó sus la-

bios, pero no pudo apagar el fuego de pecado que ardía en las entrañas del encanallado. Cuando se vió en el antepalco celestinesco y su antifaz cayó al suelo, volvió a temblar y pensó en huir, pero...

Su pareja habló de esta extraña suerte:

—¡No temas! Hasta hoy no te conocí, pero sé quién eres. Me nan hablado tanto de tus labios, que leí en ellos el nombre de quien sólo puede poseerlos.

Y el Carnaval, joven aún y con ganas de broma todavía, hizo sonar una vez más su caja de sorpresas.

—Tú eres Ricardito Lahoz.

Cupido, que siempre ronda por donde el amor se manifiesta, corrió sobre su secular venda el antifaz del sodomita aventurero. Las mejillas del niño se habían cubierto de carmín, de ese carmín que decora el manto de la vergüenza...

A. V. B.



—Yo no tengo curiosidad por ver un baile de máscaras, porque Julito, me ha puesto en conocimiento, ayer, de todo lo que puede pasar en un baile. Y resulta que es lo mismo de siempre.

Dib. de Soler.

Una carta para Bellón

17 febrero 1927.

Enteléquico Bellón: Cuatro fervientes admiradores de ese cosquilleante semanario, en el cual dibujas, llevamos seis horas y cuarenta segundos devanándonos la masa ensefálica ante el chistesito que acompañamos, con la esperanza de que alguno de los cuatro dé en el clavo y nos haga el efecto que, sin duda, has querido poner en él; pero en vista de que cada vez estamos más serios y convencidos de que si seguimos emburrados en esta quimera tenderán nuestras respectivas familias que alquilar cuatro habitaciones en Leganés, hemos decidido remitirtelo, con la esperanza (sin Iris) de que nos des la solución, aunque sea en perjuicio de nuestras preclaras inteligencias.

No keremos cansarte más; dale que le das un apretón en los tejidos blandos u adiposos a Incórdiez (que Dios guarde muchos años) y demás conspicuos concurdaneos.

Dispón como quieras de

4 DE LOS 7.

¿Tendrás 25 céntimos disponibles? ¿Sí? Pues haz el pajolero favor de enviarnoslos para tener así "un real de Bellón", que buena falta nos hace.

Acertajón acertajeta:

—¿En qué se parece esta carta a la bandera española?

Como no lo vas acertar, te lo vamos a decir: "En que es pa-Bellón." ¡Ja, ja, ja!

Por tu salud contesta en COSQUILLAS. Gracias.

Señores "4 de los 7".

Apreciables y queridos números: Nuestro adorado amigo y compañero Bellón, se encuentra en Cádiz, en donde estudia con aprovechamiento (!!) la benemérita carrera de la Medicina; cuando lea la vuestra, calculad que dará el salto del capullo y contestará vuestra graciosa coña, con la amabilidad que os merecéis.

Vuestro hasta el gazpacho,

INCÓRDIEZ.

He aquí el chiste a que alude la carta:

LA COSTUMBRE

La gordilla.—Pero, chica, ¿por qué te ocultas de tu novio?

La otra.—Porque como siempre en el "cine" se pone a mi derecha, ayer, en el "Ideal Mack-Greo", cuando me di cuenta, ¡estaba a mi izquierda!

Dib. de Bellón.

PIÑATA

La escena en uno de nuestros más populares coliseos durante el baile de máscaras el Domingo de Piñata.

La sala arde en luz, y el jazz-band atruena con el regocijo desquiciado del charleston a todo evento. Las parejas poseas del microbio del descoyuntamiento se retuercen en figuras de aquellarre, dando la sensación de un manicomio en plena orgía de locura.

Armando, tipo clásico de poeta bohemio, entra melancólicamente en la sala. Su cara, vivo autorretrato de la de Larra, tiene una expresión de tristeza que irrita, y su traje, soberbia prenda para un prehistórico museo de ranciedades juega parejas con su espíritu muy de otra época.

Armando pasea su vista extrañada por el salón en una muda diatriba contra las excentricidades modernas. De repente, una grácil mascarita—alado bebé de co-

lor de rosa—cruza ante el poeta melancólico. Al verle, se para ante él, le contempla como si fuese una yegua en venta y complacida al parecer de su porte exótico, se acerca al bohemio con ese desenfado que emplea el que se oculta tras una máscara moral o material. El bebé interroga al poeta riendo a carcajadas.

Bebé.—¿No bailas, puritano?

Armando.—No... Me asquean estos bailes modernos todo antítesis y demencia. La juventud de hoy me da pena; no piensa más que en estas variedades extranjerizadas dando al olvido lo clásico, lo poético, lo sentimental.

Bebé.—Entonces ¿a qué has venido?

Armando.—A saciar mi melancolía. Cuando estoy triste quiero aumentar mi tristeza para saturarla y que me deje en paz.

(Bebé ríe argentinamente, y se acerca más al poeta acariciándole con mimos. Armando, hombre al fin, siente que su sangre comienza a arder con aquel contacto.)

Bebé.—¿Cómo te llamas, puritano?

Armando.—Me llamo Armando.

(La máscara se estremece de emoción.)

Bebé.—¡Ay, Armando! Nombre simbólico... Eres guapo y me satisfaces: ¿quieres tomar conmigo una copa de champagne?—Ven a mi palco. Yo te convido.

El poeta subyugado se deja arrastrar sin protesta alguna. La vivacidad de Bebé le anonada. En el antepalco, bañado en penumbra por la opacidad de las rojas cortinas, comenzó un flirteo sugestivo. Armando se deja querer, y... bebe sin tino.

Bebé.—¿Te gusto, poeta?

Armando. (Ingenualmente).—¡No sé! ¡Como aún no te he visto la cara!

Bebé.—Adivínala por mi cuerpo; así la ilusión será más fuerte! ¿No te gusta mi cuerpo?

Armando.—Sí. Tu cuerpo me trae a la memoria el de aquellas grandes pecadoras que legaron sus nombres a la historia en holocausto del amor. Saffo, Friné, Aspasia... ¿Tú, cómo te llamas?

Bebé.—¿Yo...? Aurora...

Armando.—Pues bien, Aurora; tú has hecho latir mi corazón más precipitadamente y has encendido la apagada hoguera de mi sangre. Permíteme que, cual mariposa alocada, me quemé en la brasa de tus ojos y pose mis labios en el rojo cáliz de los tuyos; quiero embriagarme de placer como ya lo estoy de champagne.

El poeta, un poco alucinado por la bebida y un mucho frenético por el deseo, busca a tientas en la obscuridad del antepalco el arhelado rostro de Bebé, que lo deja hacer sonriendo enigmáticamente.

Resuena un grito de ira que ahoga el estruendo del jazz-band y resuenan dos sonoras bofetadas que atraen al camarero creído que le solicitan con urgencia. Bebé sale huyendo como un corzo, mientras el poeta queda sobre el diván, atónito y enrojecido de rabia y vergüenza.



LA FRUTA PROHIBIDA

—¿Llamaba el señor? —pregunta el camarero.

Pero Armando no le oye. Su imaginación se diluye en un caos de confusión—piensa que no todos los símiles son una pura justeza de expresión

FIDEL PRADO

En el próximo número dará comienzo el Diccionario de COSQUILLAS, por Alberto Pérez García.

**FOTOGRAFÍAS
SELECTAS: RARAS**
Hermosas colecciones
10 ptas. en sellos de Correo.
Escribid a **Excelsior**, Poste Res-
tante Central.
BORDEAUX (Francia)



LA COCINERA Y SU NOVIO,
por Montero, Bosch.

—¡Ya está ahí ese! Pues si se cree que le voy a dar el filete como ayer, está fresco.

Las superproducciones cinematográficas

Esta foto de seis bellezas y un galán con toda la casaca, corresponde a la hermosa cinta titulada: "El sol de media noche".

Mi stylográfica no es capaz de elogiar con acierto a tanta mujer jamón y, por eso, yo cojo mi stylográfica, y ¡chas! La troncho.

Vuestro hasta la náusea,

INCÓRDIEZ

(FOTO UNIVERSAL)



De
cinematógrafo

La Gay en "Amor y toque de clarines", una de las más hermosas producciones de la Emelka.

¿Para qué me voy a fatigar elogiando a esta figurina? Además, que mis amigos los lectores de COSQUILLAS, apreciarán rápidamente que la Gay merece todos los honores.

Vuestro hasta la campanilla,

INCÓRDIEZ.

